

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: Calle LIMA núm. 487

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 21 DE ABRIL DE 1904

NÚM. 8

CONFLICTOS Y ARMONIAS



—Veinte años de lavandera, diez de planchadora; y en las casas más ricas, y en las más aristocráticas... y hoy recojo basuras para mis pequeñuelos! ¿Y esta es la América de que me habló mi abuelo?...

"LA EXPOSICIÓN ARGENTINA"

ALSINA 1640

BUENOS AIRES

MUEBLES Y TAPICERÍA

LOCAL MUY VASTO Y MEJOR SURTIDO  CASA DE CONFIANZA



Grandes depósitos centrales para guardar muebles. Se reciben muebles y objetos de arte en depósito garantizando su perfecta conservación.

CIGARRILLOS



"TRES CORONAS"



HABANOS

G. San Germier

POR CINCO PESOS 

Se manda libre de porte un surtido de 25 paquitos de semillas al gusto del comprador, un lindo obsequio y un Calendario de las sementeras. 

ALFALFA DE LA PAMPA

Calle LIMA, 1165  BUENOS AIRES

8

AGENCIA RISSO

ESMERALDA y CANGALLO

* BUENOS AIRES *

I. Bonansea

CIRUJANO — DENTISTA MECÁNICO

Calle MORENO núm. 990

— « BUENOS AIRES » —

5

Justino B. Lamarque

CIRUJANO - DENTISTA

Ex-Jefe del Consultorio de Odontología de la A. Pública

Horas de consulta: de 8 á 11 y de 1 á 6

Calle ARTES núm. 543 BUENOS AIRES

15

Pinturería y Ferretería del Comercio
POR MAYOR Y MENOR

DE JOSUÉ BENZONI

Surtido general de Ferretería, Vidrios, Espejos, Lunas, Papeles pintados, Pinturas, Oleografías, etc., etc.

DEFENSA núm. 966 — BUENOS AIRES

6

LOS OBREROS Casa fundada

* en 1864 *

DE
FEDERICO ROVEDA

ROPA HECHA Y ARTÍCULOS PARA TRABAJADORES

Calle DEFENSA núm. 619

NOTA: Nuestra ropa no se descose. Pida V. catálogo

7

SOCIEDAD ANÓNIMA DE PINTORES

Se encarga de todo trabajo perteneciente al ramo de pinturería, como blanqueo, empapelado, decoración, letreros y avisos de propaganda. Dirigirse al administrador: E. Parada.

735 - CALLE DEFENSA - 735

14

A. Franchi & Cia.



Calle CUYO, 1121

Introducentes

DE
Máquinas

de Coser
Velocipedos
y **Armas**

DE
Todas Clases

Agentes de la
acreditada máquina de coser

"SINGER"

8

MARTIN FIERRO

REVISTA POPULAR ILUSTRADA DE CRÍTICA Y ARTE

OFICINAS: Calle LIMA núm. 487

DIRECTOR: ALBERTO GHIRALDO

AÑO I

BUENOS AIRES, 21 DE ABRIL DE 1904

NÚM. 8

PAISAJES NUEVOS

Los espíritus superficiales afirman que los fenómenos exteriores se repiten sin variantes que alteren la monotonía y el cansancio de la vida. ¿Es verdad esto? ¿Es cierto que la naturaleza nos presenta con singular obstinación el mismo espectáculo y los mismos panoramas? ¿Es cierto, en fin, que la existencia se agota en sensaciones y emociones que estarían destinadas á reproducirse sin novedad ni atractivo para el hombre exigente con insaciable curiosidad?

No, pues; la naturaleza es variada y rica para el espíritu que sabe comprenderla y admirarla. Sus cuadros presentan á todas horas infinita diversidad de formas, de matices, de colores. Partiendo de armonías iniciales, los mismos elementos se conciertan en una perpétua y distinta combinación.

Es defecto de la inteligencia poco cultivada y poco comprensiva restringir las bellezas del universo. Por eso se ha dicho que es pequeño el sugeto que todo lo encuentre defectuoso y malo, desde que todo lo defectuoso y malo es manifestación de pequeñez en algún sentido.

Así como el poseedor de miserable capital se reduce á un minimum de goces, destinados á reproducirse continuamente con lamentable insuficiencia, así también el pobre de pensamiento y corazón se aletarga dentro de la reducida órbita en que lo circunscriben su poca capacidad intelectual y moral.

Al reino interior, escaso de ideas, de comprensión y de voluntad, corresponde un medio exterior vacío de objetos de contemplación y de meditación, huérfano de motivos impulsores al movimiento y al trabajo.

Como lo dice Guyau, "no hay dos auroras iguales. Los cuentos de hadas nos hablan de "libros maravillosos que podían siempre ojearse sin cansancio, pues cada una de sus imágenes desaparecía y se renovaba bajo la mano que volvía sus páginas. El universo es un "libro de esta especie, tan variable á la mirada, que cuando se quiere volver á la página "contemplada ella ha cambiado ya; nosotros también cambiamos, y para aquel que sabe profundizar sus sensaciones y su pensamiento, cada una de sus visiones del mundo posee siempre la frescura de la juventud."

Esto es, en realidad, lo que sucede para el hombre que discurre con cuidado ante las fuerzas que todo lo agitan en torno suyo. La sencillez é ingenuidad de la ignorancia halla que todo es homogéneo, que nada cambia en el mundo de las cosas y de los seres. La distracción, tan común en ciertos sujetos, que no les permite divisar sino aquello que solicita su instinto y no les deja percibir mas que el sonido de la única cuerda capaz de hacer vibrar su oído rudimentario, encierra la causa secreta de la identidad del ámplio escenario en que se desarrollan tantos paisajes luminosos y donde resuenan tantas músicas distintas y encantadoras á la vez.

Es necesario mirar para ver, hay que prestar el oído á ese rumor que encierra todas las armonías para distinguir las y gozar con ellas.

La naturaleza es una inmensa tela de estudio, un campo inconmesurable de observación y de experiencia.

Los hombres tan distintos unos de otros, los panoramas tan diversos entre si, las ciencias y el arte con sus principios y con sus teorías, ofrecen aspectos siempre nuevos y por tanto siempre dignos de solicitar la atención del sugeto capaz de interesarse por las cosas que se mueven á su alrededor.

Explíquese, entonces, por la propia limitación interior, esa indentidad del mundo de que lo acusan los espíritus frívolos que, al mantenerse tenazmente en el mismo punto de vista, perciben en obligada consecuencia una sola perspectiva.

El universo varía eternamente y presenta de continuo paisajes bellos é interesantes. En él también, como en esos maravillosos libros de que nos hablan los cuentos de hadas, se suceden sin interrupción los más prodigiosos cuadros ante la mirada que sabe contemplar, ante la inteligencia que sabe comprender, ante el corazón que sabe amar todo lo digno de contemplarse, de comprenderse y de amarse en vida.

CÁRLOS BAIREs.

El alma del Payador (*)

Cuando la tarde se inclina
Sollozando al occidente,
Corre una sombra doliente
Sobre la pampa argentina.
Y cuando el sol ilumina
Con luz brillante y serena
Del ancho campo la escena,
La melancólica sombra
Huye besando su alfombra
Con el afán de la pena.

Cuentan los criollos del suelo
Que, en tibia noche de luna,
En solitaria laguna
Pára la sombra su vuelo;
Que allí se ensancha, y un velo
Va sobre el agua formando,
Mientras se goza escuchando
Por singular beneficio,
El incesante bullicio
Que hacen las olas rodando.

Dicen que, en noche nublada,
Si su guitarra algún mozo
En el crucero del pozo
Deja de intento colgada,
Llega la sombra callada,
Y, al envolverla en su manto,
Suena el preludio de un canto
Entre las cuerdas dormidas,
Cuerdas que vibran heridas
Como par gotas de llanto.

Cuentan que, en noche de aquellas
En que la Pampa se abisma
En la extensión de sí misma
Sin su corona de estrellas,
Sobre las lomas más bellas,
Donde hay más trébol risueño,
Luce una antorcha sin dueño
Entre una niebla indecisa,
Para que temple la brisa
Las blandas alas del sueño.

Mas, si trocado el desmayo
En tempestad de su seno,
Estalla el cóncavo trueno,
Que es la palabra del rayo,
Hierre al ombú de soslayo
Rojiza sierpe de llamas,
Que, calcinando sus ramas,
Serpea, corre y asciende,
Y en la alta copa desprende
Brillante lluvia de escamas.

Cuando en las siestas de estío,
Las brillanzas remedan (*)
Vastos oleajes que ruedan
Sobre fantástico río;
Mudo, abismado y sombrío,
Baja un jinete la falda
Tinta de bella esmeralda,
Llega á las márgenes solas...

Y hunde su potro en las olas
Con la guitarra á la espalda!

Si entonces cruza á lo lejos,
Galopando sobre el llano
Solitario, algún paisano,
Viendo al otro en los reflejos
De aquel abismo de espejos,
Siente indecibles quebrantos,
Y alzando, en vez de sus cantos,
Una oración de ternura,
Al persignarse murmura:
«El alma del viejo Santos!»

Yo, que en la tierra he nacido
Donde ese genio ha cantado,
Y el pampero he respirado
Que al payador ha nutrido,
Besos este suelo querido
Que á mis caricias se entrega,
Mientras de orgullo me anega
La conyici6n de que es mía
La patria de Echeverría,
La tierra de Santos Vega!

La prenda del Payador

El sol se oculta: inflamado
El horizonte fulgura,
Y se extiende en la llanura
Ligero estambre dorado.
Sopla el viento sosegado,
Y del inmenso circuito
No llega al alma otro grito,
Ni al corazón otro arrullo,
Que un monótono murmullo,
Que es la voz de lo infinito.

Santos Vega cruza el llano,
Alta el ala del sombrero,
Levantada del pampero
Al impulso soberano,
Viste poncho americano,
Suelto en ondas de su cuello,
Y chispeando en su cabello
Y en el bronce de su frente,
Lo cincela el sol poniente
Con el último destello.

¿Dónde vá? Vese distante
De un ombú la copa erguida,
Como espiondo la partida
De la luz agonizante.
Bajo la sombra gigante
De aquel árbol bienhechor,
Su techo, que es un primor
De reluciente totora,
Alza el rancho donde mora
La prenda del payador.

Ella, en el tronco sentada,
Meditabunda le espera,
Y en su negra cabellera
Hunde la mano rosada.
Le vé venir: su mirada,
Mas que la tarde, serena
Se cierra ent6nces sin pena,
Porque es todo su embeleso
Que él la despierte de un beso
Dado en su frente morena.

No bien llega, el labio amado
Toca la frente querida,
Y vuela un soplo de vida
Por el ramaje callado...
Un ¡ay! apenas lanzado,
Como susurro de palma
Gira en la atm6sfera en calma;
Y ella, fingiéndole enojos,
Alza á su dueño unos ojos
Que son dos besos del alma.

Cerró la noche Un momento
Quedó la Pampa en reposo,
Cuando un rasgueo armonioso
Pobló de notas el viento.
Luego, en el dulce instrumento
Vibró una endecha de amor,
Y en el hombro del cantor,
Llena de amante tristeza,
Ella dobló la cabeza
Para escucharlo mejor.

«Yo soy la nube lejana
(Vega en su canto decia)
Que con la noche sombría
Huye al venir la mañana;
Soy la luz que en tu ventana
Filtra en manojos la luna;
La que de niña, en la cuna,
Abrió tus ojos risueños;
La que dibuja tus sueños
En la desierta laguna.»

«Yo soy la música vaga
Que en los confines se escucha,
Esa armonía que lucha
Con el silencio, y se apaga;
El aire tibio, que halaga
Con su incesante volar
Que del ombú, vacilar
Hace la copa bizarra;
Y la doliente guitarra
Que suele hacerte llorar!...»

Leve rumor de un gemido,
De una caricia llorosa,
Hendió la sombra medrosa,
Crujió en el árbol dormido.
Después, el ronco estallido
De rotas cuerdas se oyó;
Un remolino pasó
Batiendo el rancho cercano
Y en el circuito del llano
Todo en silencio quedó.

Luego, inflamando el vacío,
Se levantó la alborada,
Con esa blanca mirada
Que hace chispear el rocío;
Y cuando el sol en el río
Vertió su lumbrera primera
Se vió una sombra ligera
En occidente ocultarse,
Y el alto ombú balancearse
Sobre una antigua tapera. (*)

RAFAEL OBLIGADO

(Concluirá)

(*) Trovador de las Pampas argentinas

(*) Brillazón: Espejismo.

(*) Ruina.

No sé porqué ustedes suponen que yo tengo siempre un cuento criollo que contarles: ni sé tampoco por que tengo uno ahora aquí, á la mano, para ofrecerlo á esa insaciable curiosidad.

Este cuento que tengo es tan corto que tendria ganas de hacerlo en casa, sobre papel escogido y con mi pluma favorita, único modo de darle redondeces... clásicas.

Pero, voy á contarlo como si estuviese al lado del fogón, con el mate amargo en la mano, mirando el círculo de las caras árabes de mis compatriotas gauchos, en que la llama juega, ya stunergiéndolas en sombra, ya dorando, ya enrojándolas, mientras el candil parpadea y agoniza en la penumbra del rincon, como nuestra pobre nacionalidad.

Oigan, pues, paisanos: Por allá, por las provincias del norte, hay unas grandes pampas, secas y arenosas, sin una mata de pasto, sin una gota de agua, tristes hasta cuando el sol brilla;

Oigan, pues, paisanos: Por allá, por las provincias del norte, hay unas grandes pampas, secas y arenosas, sin una mata de pasto, sin una gota de agua, tristes hasta cuando el sol brilla; quiero decir mucho más tristes cuando el sol caliente, porque entonces parecen más largas las distancias, y el chifle, lleno de agua, se agota, porque la misma idea de que allí no hay como saciar la sed nos está haciendo beber á cada rato. Era este cuento cuando andaban en guerra con los caudillos, que dijeron, de por allá: de las provincias de los salitrales y las travesías, donde los mismos árboles crecen de madera tan dura, señor, que se juraría que no han visto agua nunca.

Un jefe,—no sé como se llamaba, creo que Laguna,—guapo mozo, bien pensado y muy valiente, iba á la cabeza de un pelotón desde una á otra capital de provincia .. allá, lejos.

—¿Dónde, amigo?
—Allá lejos... Figúrese que fuera para Salta ó para Jujuy; pero andaban por aquellos andurriales, y al trote y, galope dos días enteros habian pasado sobre la arena suelta y sobre el piso de sal, tendido como una alfombra y seco señor, como la misma sed.

El teniente Laguna y sus soldados tenian sed también, y hacia mucho tiempo.

El día antes los mates y las vejigas en que llevaban agua se les habian acabado... porque de miedo de tener sed habian tenido mucha sed.

Galopaban y galopaban, con un solazo que les asaba los lomos, y cada vez que se paraban para dar un resuello á los caballos, con la lengua seca hablaban entre ellos de... de agua.

—¿Que si sufrieron señor? ¡Caramba! Usted lo pregunta porque se está tomando el medio litro. Sufrieron tanto que los labios se les partian y que, cuando Laguna les preguntó si se animaban á seguir adelante, sólo, señor, pudieron contestarle como si silbaran; pero siguieron, señor, siguieron .. Y en medio del campo vieron, de repente, un rancho solito, plantado entre cuatro estacas, en un desplayado sin una sola mata de paja.

—¿Señora!...

—¿Que se le ofrece, señor?
—Un vaso de agua.
—¿Agua? Aquí no hay, señor.
—¿Como que no hay?
—No, señor, la estoy esperando del pueblo y no me la traen.

—¿Ni una gota, señora?
—¡Adelante, señor. Si tuviera, se la daría.
El teniente, sacando fuerzas de flaqueza, levantó la mano, castigó al sotreta y gritó á sus veteranos, medio muertos de sed:

—¡Adelante!
La inmensa pampa, estéril y arenosa, con algunos espinos, se extendía hasta donde alcanzaba la vista, y el oficial y la tropa, casi moribundos, con los caballos aplastados, siguieron con toda la rapidez posible el camino que los llevaba á otra civilización, á la bendita gota de agua que los haría revivir.

—¡Oh, porteño! Ligera nube de polvo avanza y crece en contraposición á la cabalgata de mis veteranos.

—¿Que será?
—Parece gente.
—Serán indios.
—No, es algún convoy.

Y la nube de polvo que levantan los milicos y la pequeña nube que viene hacia ellos se reunen por fin.

Se trata de un cöya, montado en una mula y llevando otra de arria que, en pellejos y chifles, va á dar agua al rancho desamparado en medio del polvo.

—¿Pare, amigo! ¿Lleva agua?
—Si, yebo.
—¿No puede darnos compañero, para mi y los soldados que vienen conmigo?
—Puede ser... ñor.

—¿Y cuanto quiere?
El hombre quedó pensativo un momento y luego, como quien dice una atrocidad, como quien se resuelve á pasar el Rubicon, respondió:
—Dos reales bolivianos, ñor.

El oficial, que se vió salvado, que vió salvada á su gente de la tortura horrible de la sed, no pudo contenerse.

—¡Tomá, tomá, tomá el reló! ¡Tomá toda la plata que tengo! ¡Aquí tenés! Son cien bolivianos. No sabés lo que has hecho. Yo te daría...

El agua ya estaba lejos!
El hombre, asustado por la generosidad, habia huído con sus mulas envuelto en nubes de arena hacia el rancho en que esperaban sus chifles, dejando en las ánsias de la sed á nuestros pobres veteranos, convencido de algun maleficio, de algún pacto secreto y misterioso que le proponia tácitamente el mismo diablo á él, á él, señor, que no habia visto nunca tanta plata junta, ni en las vidrieras de los cambistas.

Nuestros milicos no hubieran sido criollos si no hubieran vuelto al rancho donde les dió agua la señora. Pero también se necesita ser de nuestra tierra alta para asustarse por dádivas...

ROBERTO J. PAYRÓ.



...THAT IS THE QUESTION

Aquí, para vivir en santa calma
O sobra la materia, ó sobra el alma.

Espronceda.

(Ricardo Fuente, el autor de esta hermosa página, es un valiente periodista, cuya voz sincera ha sido escuchada por el público, honerándose con el respeto que inspira siempre la verdad cuando ella es sustentada por la lógica de un cerebro vigoroso y la resolución de un espíritu bravo.)

Ricardo Fuente ha defendido, entre nosotros la causa de la justicia, poniendo su alta inteligencia al servicio de los tiranizados modernos, de los que sufren, de los que son carne de taller, que hoy es lo mismo que serlo de buitre. Sus artículos recientes, llenos de indignación y de entusiasmo en pró de la clase obrera, publicados en "El Correo Español" de Buenos Aires, han tenido eco en todos los hombres sanos, repercutiendo en las filas del pueblo que produce y provoca, naturalmente, entre la turba de conservadores de privilegios y retardatarios de ideas el alboroto consiguiente. Diganlo sino *Los tonos platados, La Revolución del centavo, La huelga* y casi todos los demás capítulos de que consta el libro en prensa *Patria y República*, conque su autor se despide de la Argentina después de varios meses de residencia y al cual libro pertenece este *That is the question*, tan profundamente sentido y en el que la personalidad del autor surge, desnuda y altiva, como en las épocas heroicas la de los *luchadores incansables de la libertad* que llevan, victoriosos, nombres de iluminados...)

No creía en los remordimientos; pero hoy, al acordarme de ti, que eres un hombre justo, se turba mi conciencia. Necesito contártelo todo. Quiero, si es posible, tranquilizarme con la confesión de mis desdichas.

La historia de mi vida es la historia triste y vulgar de tantos otros. En la universidad te conocí a ti y a los demás amigos que formaron después aquel célebre cenáculo. De nuestra reunión, casi ninguno terminó sus estudios. Despreciábamos a los buenos estudiantes, creyendo que el tiempo era demasiado hermoso para pasarlo sobre los libros, aprendiendo la ciencia con arreglo a un programa. Nuestras adiciones y nuestras lecturas nos llevaban por otro camino. Yo creo ahora que nacimos una ceguera de luz, que nos impidió ver claro el horizonte de la vida.

Nos enloquecíamos los unos a los otros, y tan sólo pensábamos en *luchar*, y en *ganar batallas*, sin saber con exactitud por qué ni contra quién.

Ni tú, ni yo, ni los demás quisimos entrar en el encasillado burgués de la existencia. No queríamos ser abogados, médicos, ó boticarios; queríamos ser *fulano ó mengano*: una personalidad sin etiquetas oficiales.

Teníamos el cerebro pletórico de ideas hermosas, que enardecían nuestra sangre como el toque de guerra de un clarín. República, revolución; con esta bandera nos alzamos a ejercer el oficio de pensar, escribir, pronunciar discursos, y toda otra ocupación la considerábamos como un robo que hacíamos a nuestro pensamiento! ¡a la humanidad! ¡y ¡al arte!

¡Qué locos fuimos!

Queríamos vivir siendo sacerdotes de las nuevas ideas, con el mismo derecho que viven los sacerdotes de las viejas: nosotros escribiendo artículos, ellos recitando sus rezos en latín bárbaro.

Mis padres se opusieron a aquellas inclinaciones, y con mi terquedad les amargué la vida. Me tuvieron por loco mis parientes y mis compañeros de la universidad compadecieronme por *chiflado*.

Cuantas veces me dijo mi padre: ¡Ya verás cuando yo te falte lo que va a ser de ti! ¡Eres un niño que no sabe lo que es la vida!

No me hice caso de sermones ni de advertencias y seguí mi camino.

Me enamoré apasionadamente de una pobre muchacha á quien alucinaron mis ensueños románticos, y aunque me presenté á pedir su mano, diciendo que era autor de dos libros muy elogiados y redactor de una publicación muy importante, de casa de mi novia fui despedido por *pelagatos*, y hube de casarme con la que hoy es mi mujer, contra la voluntad de sus padres.

Murieron los míos con el dolor de no verme *hecho un hombre* como ellos decían, y quedéme sin su amparo, con mi mujer y dos pequeñuelos. Los horrores de la vida me exasperaron hasta el delirio, increpando duramente á nuestra sociedad canalla y pidiendo que todo cambiase de arriba á abajo.

El periódico en que escribía desapareció por las persecuciones del gobierno, y entonces comenzó para mí un horrible calvario. Nadie me ayudó; mis radicalismos asustaban á la gente, y con el alma llena de ideas de redención y de amor, al ver la sociedad en que me hallaba, llegué á pensar si no sería yo alguna bestia dañina.

Empeñé, vendi... ¡ahórrame el relato de tanta desgracia! Un día tuve que decirle á mi mujer: hoy no se come en esta casa, porque tu marido no quiere dejar de ser un hombre honrado.

Alucinado por la fiebre que produce el dolor, creí que con aquel desplante teatral mi mujer y mis hijos quedarían ahitos; pero no sucedió así. Mi mujer lloró mucho abrazada á mi cuello.

La noche de aquel día no tuve lumbre para calentarme, ni luz para leer mis libros. Lloré con rabia y por primera vez de la razón á mi padre. Si; yo era un niño que nada sabía de las cosas de la vida.

Mi única aspiración era tener lo preciso para poder vivir tranquilo, como un buen burgués, con mi mujercita y mis pequeñuelos.

¿Por qué no podía yo, miserable de mí, realizar tan mezquino ideal?

Mi conducta no tenía ni pizca de lógica: me refía del paraíso que Mahoma ofrece á sus fieles, y ansiaba conquistar gloria; otra quimera; me burlaba del católico que se impone privaciones y flagela sus carnes, diciendo con el poeta: *¿y si luego resulta que no hay cielo?* y yo me sacrificaba por una religión de negaciones. ¡No creía más que en la felicidad de aquí abajo, y para lograr el bienestar de los demás forjaba la desgracia de los míos!

Era un insensato.

¿Por qué no había yo de ser feliz, pasándome al bando de los opresores en lugar de pertenecer al bando de los oprimidos?

No estaba acostumbrado á la miseria y no podía soportarla con resignación.

Mis hijos estaban anémicos y al contemplar sus carillas pálidas enloquecía; los ojos siempre llorosos de mi mujer me acusaban constantemente y comencé á envilecerme, pidiendo para un mendrugo.

No pude resistir más! Abjuré de mis ideas, claudiqué, me pasé al enemigo.

Hoy el aire y el sol entran en mi casa á raudales, á las mejillas de mis chiquitines han vuelto los colores de rosa; mi mujer es feliz, yo estoy tranquilo y ¡querrás creerlo? ya nadie me tiene por *pelagatos*.

Yo tenía derecho á la vida. Vosotros podíais exigirme lo todo menos que renunciara el pan de los míos.

(Aquí el nombre de uno cualquiera.)

* *

La lectura de tu carta me ha dado frío, tus miserias han inundado mi alma de compasión. Cuando las padeciste hubiera querido ayudarte á soportarlas, ahora, después de lo que has hecho, no podemos entendernos, porque yo sigo siendo tan insensato como cuando nos conocimos.

Tú crees en la Felicidad, diosa de carne. Yo creo en el Ideal, dios de mármol.

Tu diosa llora cuando padece; mi dios es de piedra, no tiene entrañas, es ciego y no ve á los que sufren.

El culto á tu diosa ha engendrado una raza de miserables; el culto á mi dios ha engendrado una raza de héroes. Yo vivo en un mundo extraño, en todo diferente al mundo en que tú vives.

Al padre de los Horacios le dicen: tu hijo ha huido ante el enemigo, ¿qué querías que hiciese contra tres? Y él contesta: morir.

Una madre griega pregunta á un guerrero que vuelve de la batalla: ¿qué noticias traes?

—Tu hijo vive.

—No te pregunto eso; te pregunto si hemos vencido.

¿Vés? A esos padres de piedra los comprendo mejor que á ti.

Los hombres que te rodean te dirán que has hecho bien, aquellos hombres gigantes que nos dieron el ideal de la belleza con la Venus de Milo, la sabiduría con Aristóteles; la Ley con Licurgo, la honradez con Cato, la honestidad con Lucrecia, el heroísmo con Leonidas; aquellos hombres, no lo dudes, te dirían que habías hecho mal.

Yo vivo como ellos y como ellos pienso.

Jesús nada hubiese hecho sin los mártires que se dejaban arrastrar con gusto al sacrificio; la libertad nada hubiese conseguido sin los que supieron morir en la hoguera; los *derechos del hombre* no existirían en los códigos, sin aquellos locos sublimes que decretaban la victoria y morían en la guillotina cantando la Marsellesa.

¿Te crees un hombre superior á los demás y te dejas vencer por las necesidades como las bestias!

Si, cual tú, todos los hombres escuchasen los gritos que dá el estómago cuando está hambriento, el mundo sería una poicila de cerdos y el supremo ideal un gruñido de satisfacción.

Quiérese gozar de los privilegios á que tiene derecho la aristocracia del talento ¡y manchas y deshonras sus blasones vendiendo tu conciencia!

Yo te perdono; te concedo el derecho á la vida; pero te niego el derecho á la estima de los que rinden culto á mi dios.

Yo no podría hacer lo que tú: el pan me sabría amargo.

(Aquí el nombre de un iluminado.)

RICARDO FUENTE.



A diez centavos!...
—Décimas de contrapunto para cantar con guitarra!...

Con la gorra en la nuca, sin mirar á nadie, con los ojos caídos, el aire de sonámbulo, el pillete vendedor aturdió á los pasajeros con un grito esténtoreo y continuado que parecía imposible saliera de su pequeña garganta.

El niño se había trepado á la plataforma delantera del coche cuando el vehiculo cruzaba, con rapidez vertiginosa, la plaza donde se alza la estátua del héroe; dió tres saltos de gato y quedó aferrado en la mitad del tranvía, prendido de uno de los extremos del asiento.

Desde allí siguió aturdiendo al desgraciado cuyo órgano auditivo venía á quedar en línea horizontal con su boca, que no cesaba en su tarea y se movía con movimientos de máquina, imprimiendo cierta regularidad á aquello que para algunos era desordenada gritería y que para el pobre niño representaba una serie de estudios llevados á cabo en esa escuela de profesores inflexibles que se llama *miseria*.

El, que había cursado todas las asignaturas de los años preparatorios de esa rígida academia, sabía bien que el hombre aquel á quien aturdió y metía por los ojos el papel sucio donde estaban impresas las *vidalitas* falsificadas, le pagaría el precio estipulado por su autor con la co'nisión inclusive.

Efectivamente, después de repetir varias veces las exclamaciones de regla, el pillete estiró su mano alargando al pasajero uno de los papeles impresos. Este sacó de su bolsillo un billete mínimo y lo pasó al muchacho que descendió del tranvía con la cara vuelta al frente.

Echó el cuerpo hacia el suelo, formando un ángulo obtuso con el tablón del estribo, y se arrojó quedando como clavado en la calle, sereno y tranquilo á la espera del nuevo coche en el que repetirá la escena, haciendo lo mismo con los sucesivos hasta que el último de sus papeles impresos vaya á parar á manos del último de los aturdidos por su esténtorea voz.

Después, cuando lleguen las sombras, tomará tranquilo el camino de su casa y su silueta pálida se perderá en los barrios oscuros que cruzará con las manos en los bolsillos y cantando entre dientes el verso que sirvió de pié para la vidalita falsificada:

*Palomita blanca
Vidalita,
Que voló y se fué...*

Y así llegará el pobre niño hasta las puertas del hogar entonando esos tres versos en que el hijo del suburbio ha sintetizado las melancolias de su alma triste y hurañá...

JUAN PUEBLO.

LA CARGA DE COSACOS

Sobre el tumulto que en la calle hervía,
Del Kremlin la combada arquitectura
Alzaba gigantesca hacia la altura
Su símbolo de vieja tiranía.

Mientras la turba en derredor rugía,
Agitando con sórdida amargura
De los rotos andrajos la negrura,
El rumor de los cascos acrecía.

• Y al galope brutal de los corceles
El brillo fulguró de las espadas
Revolviendo sus rayos en la turba.

¡Y entre sangre y harapos y caireles,
Del Kremlin las graníticas arcadas
Ostentaban al sol su airosa curva!

CÁRLOS LEUMAN.



LOS GRANDES...

Héroes de carnaval, hijos mimados
De la casualidad, siempre oportuna,
En el poder os miro, sin que alguna
Admiración me cause, que menguados

Los pueblos, desde tiempos olvidados
Fabricaron, sin lógica ninguna,
Palacios, para audaces con fortuna,
Presidios, para audaces desgraciados.

Ya que al común sentido así se ofende,
Dando celebridad á ciertos nombres
Cuya grandeza ó pequeñez trasciende.

Oyeme, sociedad, y no te asombres:
Tu estatura bajísima comprende -
Quien mide el alma de tus grandes hombres.

ANTONIO PLAZA.



Never more...

I

No dejes de venir hoy. Ya sabes que te espero á comer. Tienes un tren de regreso á las cinco. Puedes, muy bien, estar á las siete en tu casa.

—No faltaré, Luisa. Ya sabes que nunca lo hago. Ahora déjame, tengo, apenas, veinte minutos para llegar á la estación, y el asunto que me obliga á realizar este viaje es importante, como te consta. Adiós.

—Hasta luego.
Y un beso sonoro, y rápido, corta el diálogo.

Segundos después se oye un portazo, un chasquido de látigo; y el coche que lleva á Antonio Aubert hasta la estación del Norte rueda, serena y velozmente, sobre el pavimento de madera.

Luisa está nerviosa. Reflexiona. De todos modos, dice, ésto tenía que suceder tarde ó temprano. Yo no sé si lo quiero. Creo que nó. El hábito, la costumbre, cierto afecto, tal vez. Hace trece años que, al despertarnos, todos los días, nos vemos la cara. Yo lo miro, él me mira; y siempre igual hasta llegar á convencernos que esto sería eterno. Pero cariño, en realidad, ¿habremos sentido nunca?

¡Oh, sí! exclama después con un gesto, mezcla extraña de triunfo y de remordimiento: ¡él no miente, él me quiere! Y así me lo demuestra á toda hora, en todas las formas, con todos los tonos, perpétuamente, hasta que, convertido en mi sombra, ha llegado á ser mi pesadilla... Mas yo... yo no lo quise, yo no lo quiero, no lo querré nunca...

Y he pasado trece años, los mejores de mi juventud, los más bellos de mi vida, engañándolo, á él, que es bueno, engañándome á mi misma, engañando á todo el mundo, á mis amigas, á sus compañeros, á su madre, en fin, que ha llegado hasta perdonar, merced á esta pasión, á mis súplicas, á mis ruegos, á mi constancia ejemplar, á la sinceridad de este amor!...

Y hoy, por último, decidida á romper estos lazos, para ser consecuente con el pasado, lo he engañado también al despedirlo.

Hasta luego, dijeron mis labios. Mientras, mi alma decía: ¡hasta nunca!

El vapor que debía conducir á Luisa á Rio de Janeiro tenía fijada su partida para las seis de la tarde. Recién una hora después Antonio estaría en su casa. Había tiempo suficiente para huir á mansalva. El golpe estaba perfectamente calculado. Hasta el pasaje, por lo que pudiera acontecer, estaba tomado bajo nombre supuesto. Aquello era un crimen—¡bien lo comprendía ella!—con premeditación y alevosía. Pero Luisa estaba en su ley, era lógica consigo misma. Lo que hacía estaba bien hecho.

Un momento antes de salir á la calle para encaminarse á bordo ocurrió algo imprevisto. El hermano de Antonio llegó en su busca. Solía quedarse á comer, y el pensar en ésto la contrariaba visiblemente.

Tratando de disimular. Luisa le dijo que su amante estaba ausente, en viaje á un punto cercano del que no regresaría hasta el próximo día. En cuanto á ella, tenía que partir en el acto, á cumplir un encargo que él la hiciera. De este modo salvaba la dificultad sin dejar traslucir su proyecto de huida, que empezó á poner en práctica.

Al traspasar la puerta del dormitorio para salir al patio, su pie, fino y breve, aplastó la cola de la perra Diana, guardián solícito y temible de aquella casa. El hermoso animal ni aulló siquiera. Desde hacia largo rato miraba como con tristeza los aprestos de su dueña. Al levantarse, sacudiéndose, ella lo golpeó con rabia.

II

¡Qué espléndida era aquella tarde! El cielo parecía un inmenso cristal azul doblado en comba magnífica. Una serenidad imperturbable descendía de lo alto impregnando el espíritu de soledad y dulzura. Cuando cruzó la amplia avenida, que divide la parte central de la ciudad, Luisa vió cruzar un grupo de niños pequeños, que saltaban riendo. ¡Si hubiéramos tenido hijos! pensó. Y algo, como una lágrima, asomó á sus ojos azules, de mirada húmeda. Después se encogió de hombros, se arrellenó en el asiento del viejo *coupe*, que alquilara momentos antes y haciendo un mohín, que expresaba indiferencia, dijo: quizá así sea mejor.

Seguía andando. Como si nunca las hubiera visto, las calles le parecían nuevas. Leía, maquinalmente, sin darse cuenta, los letreros de las casas de comercio ante las que iba desfilando. De pronto se asombró del paso que daba. Se veía, se juzgaba, como si fuera otra persona. Analizaba el acto, llegando á este resultado: había obrado bajo una influencia poderosa—que no podía explicar,—única, imperativa, irresistible. ¿Era culpable? No. Cualquiera otra, en su caso, habría hecho lo mismo. Pero, ¿tenía perdón aquello? Tampoco. No encontraba, en verdad, ninguna causa atenuante. Y sin embargo: ¿no era culpable!

Seguía andando. Por un fenómeno cerebral, adelantándose al porvenir, Buenos Aires figuraba ya en su pensamiento como un recuerdo. Una cosa que había visto, una ciudad en la que había vivido. Ya no estaba en ella. Se consideraba á inmensa distancia, en tierras nuevas, desconocidas, lejos, muy lejos, ¿como que iba huyendo!...

¿Sufría? Ella no sabía como clasificar una especie de sentimiento muy íntimo que iba posesionándose de su sér. Era el dolor prematuro, la nostalgia anticipada de las cosas idas, de lo que se abandona para siempre, de lo que se ha perdido, de lo que no volverá á verse jamás, sabiéndose que existe. Era el dolor que sentimos por las cosas.

III

Había llegado á la darsena. El vapor esperaba. Su equipaje estaba allí junto con su amiga y cómplice, su compañera de viaje, la misma á quien Antonio pagara albergue y saciara el hambre, en tiempos de miseria y de abandono. ¡Traidora también!

—¿Lista?—pregunta la amiga desde la barandilla, sobre la que está coquetamente apoyada.

—Lista—contesta Luisa. Da tres brincos de gata, pasa el puente, casi sin tocarlo, y cae sobre cubierta con la sombrilla en la mano, cuya seda, de acres tonos, brilla á los reflejos del sol que muere.

Momentos después el vapor parte.

III

Antonio Aubert no ha podido esta vez cumplir su compromiso con Luisa. ¡Y ella que lo habrá esperado hasta tarde! ¡Malditos negocios!

Ha tenido que comer en un hotel detestable y caro. Se ha disgustado con los mozos porque no le servían bien, y todo por no poder ir temprano á su casa. Perdió el tren de las cinco y tuvo que esperar hasta las nueve de la noche para emprender viaje de vuelta á la ciudad. Total, cuatro horas mortales de espera, pasadas incómodamente en un pueblo triste y sin amigos, cuando el nido lo esperaba apacible y amoroso.

Felizmente ya está en su casa, frente á la felicidad. ¡Adiós pasado! Llama á la puerta. Ha olvidado la llave. Como iba á volver temprano, no se acordó de echarla al bolsillo. Pero Luisa estará atenta.

El timbre parece que no suena, puesto que no han respondido. Apela al llamador y dá dos golpes. Diana le contesta con raras ladridos, como si tratara de anunciarle algo. Pero la puerta no se abre.

Entonces golpea fuerte. Una, dos, tres veces. Diana vuelve á contestarle. Se agita en el zaguán, corre hasta el patio y vuelve. Se azota entonces contra la puerta, como deseando abrirla, y aulla extrañamente.

Antonio Aubert siente que el corazón le palpita con fuerza inusitada. Presiente algo malo. No sabe qué. Luisa estará enferma, piensa. Pero si así fuera, Juanita, la muchacha de servicio, se habría quedado esa noche. No puede ser. Y una sombra nubla su frente.

Ahora apela á sus fuerzas. El abrirá la puerta; ¡ya lo creo! Pone el hombro á la altura de la cerradura, se encoge bien, y el haz de músculos, todo el cuerpo empujan. Cruje la falleba, salta un tornillo y el pedazo de hierro, que ajusta el pasador, se tuerce. Aún otro esfuerzo, y la puerta, con el empujón brutal, vá á estrellarse contra la pared que se hunde.

Diana lo abalanza. Parece que no quisiera dejarlo entrar sin explicarle algo. Él la hace á un lado y sigue. No hay luces en ninguna parte. Va al dormitorio. Ahora grita:

—¡Luisa! ¡Luisa!

Nadie le responde, Diana sigue abalanzándose. Está loca. Va á morderlo. Se ha enfurecido.

El corre á su escritorio. Allí hay dos líneas de Luisa, escritas al partir, sobre papel de oficio, en letras muy grandes. ¿Que le dice? Que no la busque; ¡Ha querido evitarle esa tarea!

Antonio Aubert sale al patio de su casa. Se asfixia en el interior. Tiene un papel en la mano izquierda, la carta de Luisa, y en la otra su revólver. ¿Qué va á hacer? Diana no puede contenerse; lo salta, le impide accionar, le rodea las piernas, le coloca sus patas en la mano que empuña el arma, y sigue aullando extrañamente.

Antonio Aubert vá á matarse. Pero Diana es un obstáculo para la realización de este intento. Ahora el cañón niquelado del Smith-Wesson brilla con resplandores fugaces, sobre el pecho negro de la perra, que detiene el impulso instintivo del brazo que quiere alzarse basta la altura de la caza del dueño. Suena un tiro; un cuerpo cae al suelo y un ladrido de angustia llena el espacio.

Antonio Aubert está de pié. Entretanto, la sangre de Diana corre abundante, manchando el mármol del patio. La carta de Luisa ha caído sobre uno de los coágulos rojos que se van formando.

Antonio Aubert está ahora en la puerta de calle. Téme que el disparo de su revólver atraiga curiosos.

Nadie llega. Entonces esconde el arma, cierra á medias la puerta y se aleja, despacio, de aquella casa, nido ayer de sus amores, compendio de su alegría y adonde, en realidad, sólo queda el cadáver de un perro! .

El Águila y los Gansos

(Escena: una laguna. Personajes: una banda de gansos. Viene volando un ganso viejo y abate el vuelo entre sus semejantes.)

Ganso viejo.

Clua, clua, clua, clua. ¡Queridos hijos míos!

Gansos jóvenes.

Buenos días, señor. ¿Cómo lo pasa?

Ganso viejo.

Bien. Aunque me molesta un gran resfrió...
¿Y ustedes y demás gente de casa?

(Pausa)

¿Y están adelantados los muchachos,

Los que el año pasado me seguían?

Gansos jóvenes.

Estamos como nunca vivarachos...

Ganso viejo.

Y durante mi ausencia ¿qué aprendían?

Gansos jóvenes.

De todo: canto, música, sofleo;
Artes para llegar al himeneo...
A nadar con gallarda compostura...
A volar en lo azul del firmamento...
Y a correr por la faz de la llanura
En competencia con el mismo viento.

Ganso viejo.

¿Y me dicen que vuelan?...

Primer ganso joven.

Si quiere, mire que gentil me largo...
(Y se largo no más, sin el deseo
De tener que añadir un... sin embargo.)

¡Ya lo creo!

Ganso viejo.

¡Qué soberbio! ¡Qué altura! ¡No le iguala
El águila orgullosa y altanera!

Segundo ganso joven.

¡Fíjese bien qué arranque tiene el ala!

Tercer ganso joven.

¡Y volara más alto si quisiera!

(Regresa el primer ganso joven)

Ganso viejo.

Has de venir, por cierto, fatigado,
Pues fuiste sin descanso a la otra orilla.
Y a todo esto ¿que trecho habrás volado?

Primer ganso joven (con modestia fingida.)

Poca cosa. Lo más será una milla.

Segundo ganso joven.

¡Una milla no más? lo menos siete.

¡Tres a la ida y cuatro a la venida!

Tercer ganso joven (dirigiéndose al abuelo.)

¡Y si viera, señor, cuando arremete
Contra el agua, ya hirviendo, ya dormida!

Ganso viejo.

Quiero verte nadar en la laguna
Y hacer en medio de ella un remolino...
¡Vamos! ¡Lárgate, hermoso! Sin ninguna
Etiqueta.

Primer ganso joven.

Me pongo ya en camino.

(Da unas vueltas y regresa)

Coro de gansos.

¡Hurra! Como pescado
Las aguas has surcado;
De gozo late nuestro corazón.
Las alas te han servido
De remo. Te has lucido,
La cola te ha servido de timón!

Ahora corre un poco porque admire
Nuestro adorado y venerable abuelo
Tu habilidad, y suspire
Viendo que domas tierra y agua y cielo.

(Corre el joven ganso detrás de una cucaracha, á la que apresaa.)

Coro de gansos.

¡Hurra! ¡Tres veces hurra al vencedor,
De nuestra raza alma y honor!

(Pasa un águila en la altura.)

Ganso viejo.

¿Y aquello qué es?

Tercer ganso joven.

Una mosca.

Ganso viejo.

¡Qué desgarbado su andar!

Primer ganso joven.

Su forma es bastante tosca...

Coro de gansos.

Miren ¡meterse á volar!

VICTOR ARREGUINE

El Hijo de la Cárcel

CUANDO vino el guardián y le dijo así, de golpe, que era "su día", su día de libertad, no se dió cuenta de la profunda revolución que estaba por operarse en su vida de penado envejecido bajo las bóvedas sombrías de la cárcel. Miró al celador con sus grandes ojos mortecinos, acostumbrados á la obscuridad del pabellón, é hizo un mohín de indiferencia.

—¿Qué íno te preparas?

—¡Hay que prepararse! ¡y por qué?

—¡Recobrabste tu libertad!

—Entonces, ¿me echan?

El guardián se rió.

—¡Vamos, hombre! no te asombres.

Mientras lo dejaban solo, el 314 trabajó horriblemente para acordarse de su pasado, para reconstruir la escena de su niñez, para rememorar la hora fatal de ira en que levantara su brazo y, celoso, hecho una furia, hundiese el puñal en el corazón de la mujer ingrata.

Después, como si la luz fuera penetrando en su cerebro, como si descubriese un velo espeso, se vió á sí mismo, joven, desesperado, humido en un calabozo, lleno su recinto frío de sus gritos de dolor, y las noches solitarias, y los días horribles que iban blanqueando el cabello, sin un consuelo, sin una frase de ternura... Mas tarde, al saber la muerte de su madre,—la paz inalterable, la atrofia de sus sentidos, el sistema de sus movimientos de automática,—y los años, largos ó cortos, que volaban sobre la cárcel... Sintió un frío tal que castañateó los dientes y se sentó en el banco duro de la celda.

Ya no era el 314, sinó David Rodriguez.

El director lo exhortó al bien, á la honradez y al trabajo, y le zumbaban las palabras entre severas y cariñosas, cuando se vió en la calle, solo, vacilante, sin guía ni norte.

¡Veinte años! ya no tenía hogar, ni amigos, ni nada. Era un desterrado, un anónimo... Y comenzó á vagar, á recorrer la ciudad, deslumbrado, ébrio de tanto grito, tanta luz y tanta alegría.

Se codeaba con las gentes y se le ocurría que lo señalaban irónicamente, como si llevase en la cara el sello del presidio.

.

Estaba rendido. Amanecía. El centinela se paseaba en el alto muro, arma al brazo. Acababa de dar su último alerta.

David se despertó sin extrañarse de verse en el césped, cerca de la cárcel...

Al rato, sombrero en mano, el mismo que le regalase el guardián, se presentaba delante del director.

—¿Y tú?

—Yo quiero quedarme aquí, de cualquier cosa, aunque sea de preso...

—Bueno, quédate.

—¡Oh! ¡gracias, señor, muchas gracias! ¡Tenía tanto miedo de volver á empezar la vida!

David, con su cara cetrina y su cabello blanco, lloraba y reía como un niño que recobra el regazo maternal...

MANUEL MARÍA OLIVER

MARGARITA usaba dos trenzas rubias y largas; un caprichoso moño celeste unía esos dos rayos, que al decir de un viejo romántico y de anteojos, representaban las dos tendencias de un corazón joven aún, pero ya con todas las vicisitudes de una vida apasionada: el amor y el odio.

Esta Margarita usaba traje de percal. ¡Fuera la seda!

Su amor era Fausto, y este caballero que era un buen hombre, vestía no calcetines y elásticos y espada al cinto, sino un par de botas nuevas escondidas en los flecos de un calzoncillo cribao; chambergo de alas anchas, y medio queriendo aparecer entre las arrugas de un saco corto, la empuñadura de plata de una *fariñera* que había pertenecido hacia años, á Julián Jiménez el compañero inseparable de Moreira.

El rancho era de barro, el techo de paja, y el piso de tierra. El mueblaje de aquella habitación, limpio como el corazón de Margarita, era sencillo pero era elegante; Fausto era feliz siempre que en cucullas gustaba el *amargo* que ella cebaba entre charla y charla.

En aquella ventana verde florecía el clavel que le regalara la tarde aquella en que Fausto y Margarita se dieron el primer beso. Él no olvidaba esa escena; ella de blanco, la cabellera suelta; él de negro, peinada su barba, -negra como su traje; en una mano el cabestro del zaino; en la otra el cabo de su rebenque... y la mano de su china, una mano morena y fría como el hielo.

Hablaron poco y se besaron más, apenas habían balbuceado las primeras palabras amorosas en aquel idilio que ellos habrían querido interminable, los oyó el *cazco* que se puso á ladrar; no hubo más... se oyó á lo lejos el tropel del zaino, la risa sarcástica de Fausto y los tristes sollozos de la inconsolable Margarita.

La pampa tiene el ombú, y allí también suelen verse de cuando en cuando con muchas leguas de distancia, las escuetas líneas de un rancho donde anidan todos los tenorios de aquellos pagos.

Fausto y Margarita huyeron lejos, muy lejos: el zaino corría sin rumbo y en aquel éxtasis amoroso de besos tiernos y suaves, él sobre el *recao* y ella en el anca se dejaban llevar.

A la orilla de un manso arroyuelo, el zaino pegó un resoplido y se detuvo; ellos, los dos, desesperando de aquel sueño se aparearon; libré el zaino se lanzó al arroyo y bebió hasta saciarse.

Allá lejana, silenciosa y siniestra rielaba la blanca luna, y como horribles fantasmas delineaba sus líneas un maizal. Margarita lloraba, Fausto reía, el zaino divisaba y el fresco murmullo del agua comentaba la escena.

Y vino el recuerdo; el ladrado del *cazco*, el despertar de tata, el asombro de aquella huida, la rabia, el odio, y luego, como un desahogo, las lágrimas de aquel anciano, burlado en la

época triste de sus últimos años; eso pensaba la rubia de las trenzas; y de sus ojos, caían sobre la melena de su amante, blancas, diáfanas lágrimas de vergüenza!

El se sentía cobarde, y sentado sobre una piedra, reboleando el cabo de su talero, meditaba silencioso toda la gravedad de aquel drama y á pesar de sus años, de sus aventuras y de su bravura, casi se sentía conolido con el dolor de su alma: Fausto quería llorar pero sólo consiguió sonreír. Sacó el facón, y distraídamente, abstraído su pensamiento, dibujó en la tierra la marca de su zaino. ¡Meditaba Fausto!

Su situación era grave: amaneecía ya; en el horizonte rojo,—crepúsculo de fuego,—asomaba sus primeras hebras el astro sol. Quizá la partida avisada de aquel rapto lo perseguía desde su huida y si el zaino se *aplastaba*, su asunto estaba perdido. Envainó su *fariñera*, enancó á su prenda y al galope tendido se perdieron en las vueltas del camino Fausto y Margarita.

¡Aquellos tórtolos llegaron al rancho nido de amores futuros, de idilios pampeanos, de mates amargos!

El sitio era poético: allí el ranchito; allá el ombú corpulento, silencioso; más lejos el pozo solitario; el palenque triste sujetando al zaino; el corral vacío; y picoteando en el patio de paraísos las aves semi-salvajitas indiferentes á los nuevos viajeros caídos esa mañana.

La carrera había sido larga, el galope tendido y el idilio interminable; sujeta de la cintura de su amante había corrido Margarita mil peligros y contratiempos, recibido más besos y caricias y derramado unas cuantas lágrimas, recordando el cuarto aquel que abandonara incauta, y la imagen de la virgen, á la que rezaba siempre y que, en el apuro de la huida, se olvidó de recoger.

Margarita era buena, su corazón y su alma eran blancos, sus años eran muy puros y su inocencia infinita; amó á su gaucho con delirio y por él y con él era capaz de todo y por eso, junto con el ladrado inoportuno del *cazco* que descubriera esa cita, se atrevió á huir y huyó lejos, muy lejos, para ir á parar allá donde el había preparado ese nido de amores futuros é interminables.

Tata era bueno, ella no lo olvidaría nunca; lo quería tanto... Pero á él no le gustaba ese gaucho: era muy joven y muy pocas sus ovejas; su niña valía más y no permitiría que ella se fuera al rancho.

Y por eso ella, amante ídolatra como era, huyó con él.



Como se persigue en la Argentina á los hombres y á las ideas

A Alberto Giraldo, director de MARTIN FIERRO:

Hagamos un poco de historia: hace unos cuatro años que se iniciaron en esta ciudad los primeros trabajos de propaganda libertaria.

Ahora bien. Sabido es que basta que en un medio retrógrado un puñado de convencidos se proponga divulgar ideas nuevas por medio de periódicos, libros, folletos, manifiestos y reuniones públicas, para que la tormenta de infamias y persecuciones empiece.

Como siempre, la prensa local da el grito de alerta á los conservadores, abriendo el tonel de sus insultos.

Contestados éstos como se merecen, las autoridades toman cartas en el asunto con el fin único, se entiende, de amedrentar á los propagandistas. En el caso presente la contestación fué firmada, apareciendo en hoja suelta. A pesar de la libertad de imprenta (tan decantada y falsa como las demás en esta tierra) los dos firmantes de la hoja en cuestión fueron citados por el Departamento de Policía, quien les aplicó, porque sí, una multa de 50 pesos á cada uno.

Poco tiempo después Bresci mata á Humberto I y entonces los ataques recrudecen en forma tal que, puede afirmarse, el público santafecino, en su mayoría, se consideraba con el derecho de matar anarquistas. Era obra santa terminar con ellos....

Meses más tarde los católicos organizan una peregrinación al santuario de Guadalupe. En esta circunstancia los anarquistas de Santa Fé resolvimos imprimir un manifiesto dando explicaciones respecto á la significación de un culto que consideramos rémora del progreso. En conocimiento de este proyecto, la policía, al mando esta vez de un ex-sacristán, el comisario Frutos, apostóse, la noche antes del día en que debía celebrarse la peregrinación, frente á la casa del firmante de estas líneas, inculpado principal del atentado á perpetrarse (la repartición del manifiesto) con el loable propósito de apresar á cuantas personas salieran de la misma y á las que se le suponía cómplices.

En esta forma fueron detenidas 17 personas, ajenas la mayoría al crimen que se pretendía evitar. Conducidos los presos á la comisaría 2^a, á cargo en aquella época de un pobre loco, por no decir otra cosa, el católico Martín López, fueron allí objeto de vejámenes y atropellos inculcables. Como en el caso anterior, la libertad de cada uno pudo obtenerse á cambio de una elevada multa. Siempre hemos sido presas sabrosas los anarquistas.... ¿Verdad, comisario Martín? ¿Verdad, Jefe Político? ...

Se realiza un acto religioso al que asiste, como es de práctica, todo lo que de fastuoso tiene el pueblo; autoridades eclesiásticas, judiciales, altos, altísimos dignatarios representantes del comercio y la industria, caballeros de ídem en su casi totalidad, ébrios de orgullo, sudando vanidad por todos los poros, vientres hartos, bolsillos repletos, arrastrando un tren de derroche irritante, criminal.

Pasa el obispo y un anarquista le dice que Cristo fué un humilde, que no gastó sederías ni lujo... *Alguien turbó la fiesta....* ¡Oh, el importuno!....

Este hecho bastó para que una cuarentena de compañeros fueran detenidos ese mismo día.

Para colmar la medida, produjose otro atropello policial en una reunión que tuvo lugar en el Centro de Estudios Sociales. Terminada ésta fueron detenidos los tres compañeros que habían prestado su concurso en la velada, haciendo uso de la palabra.

En vista del nuevo atentado, yo, Alberto Pueci, el autor de esta exposición, busco un abogado y entablo recurso de *habeas corpus* en favor de los presos.

El juez de turno se expide no haciendo lugar al recurso, por lo que apelamos al Superior Tribunal. Estaba de turno la segunda Sala que, justo es decirlo, contaba en su seno con algunos hombres independientes, quienes admitieron el recurso.

En definitiva, los presos fueron absueltos por no encontrarse causa alguna en su contra. En los trámites de esta apelación se produjo un excelente informe *in-voce* que tuvo la virtud de convencer al público que, en gran número, llenaba la sala de audiencia, y el cual terminó por demostrarse favorable hacia los acusados. La crítica contra la policía fué acerba y general. Este resultado irritó mucho al jefe político y al gobernador de la provincia, verdadero culpable éste de todas las iniquidades cometidas. Me consta que dicho mal hombre dijo, después del fallo, que yo era el verdadero causante de los episodios de la referencia; y que resuelto estaba en cuanto encontrara un pretexto, á *hundirme en Santa Fé*. (Son sus propias palabras, muy dignas, como colegirse puede, de un mandón tan arbitrario como ciego).

Viene el estado de sitio. El pretexto, como es de imaginarse, tenía que aparecer. Viene pues la ley marcial de 1903, la famosa y desgraciada declaratoria de estado de sitio promulgada con el objeto de sofocar en la Argentina un grande y hermoso movimiento obrero, y la policía santafecina lanza una trailla contra los compañeros que se habían distinguido por su entusiasmo en la propaganda de ideas nuevas. Encarcela á los más honestos trabajadores, asola hogares felices y, en nombre de un conservatismo tan brutal como ridículo, realiza toda clase de actos vandálicos tan crueles como estúpidos. A mí me secuestran de mi casa donde los esbirros me encuentran empuñando las armas del trabajo, me encierran entre rejas por espacio de quince días y, sin darme una palabra de explicación, me ponen en libertad. ¿Qué había pasado durante esos tristes días respecto á mi persona? Se había pretendido, por parte del gobierno, nada menos que expulsarme del país! Y esto entre las sombras, sin que nadie se apercibiera, engañando á mis amigos, á mi mujer, á mis hijos y á muchas otras personas, simples conocidos que también se interesaban por mi destino, como acabadamente lo demostraron al hacer suscribir un telegrama reclamando mi libertad al presidente de la república haciéndole ver la injusticia del acto que se pretendía cometer al amparo de la ominosa ley. Gracias á este telegrama pude recobrar la libertad y, probablemente, quedar hasta hoy en esta localidad. Agradezco con toda mi alma la intención de los firmantes, pero á decir verdad, el servicio no fué tal.

A consecuencia de lo expuesto se le frustró al gobernador la ocasión de cumplir su terrible amenaza pero, aprovechándose de un medio legal, consiguió de la sala del 1^{er} turno un fallo condenatorio de seis meses y medio de arresto que acabo de cumplir y de cuyos fundamentos podrá imponerse el lector leyendo la sentencia de 1^a instancia. Como podrá verse se trata de un proceso seguido contra mí por lesiones corporales. El hecho, en resumidas cuentas, fué el siguiente: un mal día un señor Alberto Franchiolo tuvo la ocurrencia de entregarme, á sabiendas, un billete falso de cien pesos. Advertido por mi

el engaño recurre al dador. Este se niega terminantemente á hacer suyo el billete y como consecuencia tenemos un incidente personal del que Franchiolo sale con una ligera contusión en el rostro. Nada más. Ahora veamos los documentos del caso y comparemos.

SENTENCIA DE PRIMERA INSTANCIA

«Vista la disposición primera del Código Penal y los artículos primero y 418 del de Procedimientos criminales y demás de general aplicación, definitivamente juzgado, fallo: que debo absolver y absuelvo al demandado Alberto Pucci de la querrela criminal que por lesiones corporales le ha entablado Alberto Franchiolo, declarando que no hay delito en el hecho que dió origen al proceso sinó una simple infracción policial oportunamente castigada por el Jefe de Policía con una multa de 25 pesos. Pongase en consecuencia en libertad definitiva al querrelado chancieándose la fianza etc., etc. En cuanto á las costas procesales deben ser satisfechas en el orden en que fueron causadas. Así lo pronuncio mando y firmo por esta sentencia definitiva.» Antonio Hernandez, (Juez de 1ª Instancia).

SENTENCIA DE SEGUNDA INSTANCIA

«Condenase al encausado Alberto Pucci á sufrir la pena de seis meses y medio de arresto de conformidad al artículo 120 inciso 2 del Código Penal debiendo descontarse el tiempo de prisión preventiva con sujeción á lo dispuesto en el artículo 49 del mismo y al pago de las costas del proceso declarando con arreglo al artículo 421 del Código de procedimientos en lo criminal que la condena termina á los seis meses y trece días después de ser constituido en arresto.» Gregorio García Vieyra, H. Quiroga González, Luis Blanco.

Me parece que basta y sobra para formar juicio respecto á la enormidad cometida por lo que eximo á los lectores de MARTÍN FIERRO de los detalles de este infame proceso cuyo fallo de última instancia fué dictado por orden del gobernador de la Provincia de Santa Fé Dr. Ricardo Freyre. ¡Así, solo así, se hace justicia en Santa Fé! ¡Por su orden! Y sólo así se explica la arbitrariedad de un hecho como el que constato: ¡con

los mismos elementos de juicio con que un juez absuelve una cámara condena! ¡Salve, Justicia!

Para finalizar ahí van algunos otros datos y consideraciones.

El fallo condenatorio dado por la sala del 1er turno se ajustó al voto del Dr. García cuñado del gobernador y, por lo tanto, instrumento doble del mismo, cuya reputación de nulidad es proverbial en esta santísima ciudadela. En cuanto al presidente de dicha sala, bastaría para descalificarlo, como majistrado y como hombre, el hecho de que, siendo ministro de hacienda en la época de Cafferata, jamás espidió una orden de pago por sueldo de empleados con el fin de obligar á éstos desgraciados servidores á enagorar los suyos con un descuento no menor del 20%. Fué socio de la u-ura mas descarada y repugnante desde su alto puesto de ministro. ¡Basta!

El otro voto corresponde al Dr. Quiroga, otro gaucho de levita tan cobarde instrumento como los anteriores, vampiro del presupuesto que absorbe á dos carrillos la sangre del pueblo, cobrando al mismo tiempo que su sueldo de juez de Santa Fé, una subvención en Entre Ríos obtenida, naturalmente, con servilismos análogos á los que nos ocupan.

El fallo, á que me refiero, está fundado en la declaración de un tal Dellafontana. Este individuo tomó parte en la reyerta y en el negocio del billete falso, billete este que su socio y patron me habia dado en cambio de un cheque por valor de 100 \$ m.n. El informe del médico Dr. Trucco es nulo por no haberse ratificado, sin valor por lo tanto en juicio. Por otra parte es publica y notoria la enemistad que existe entre nosotros desde que operó á mi primera compañera cuya muerte provocó con su impericia médica.

¿Que más? La amenaza del gobernador, es cierto no se ha cumplido. No le ha sido posible hundirme en Santa Fé, como hubiera deseado, porque el hecho prometido estaba arriba de sus fuerzas. No se hunde á un hombre, hablo moralmente se entiendo, cuando este solo ha cometido el delito de dedicar sus energías de trabajador durante veinte años á un pueblo como Santa Fé, cuna del jesuitismo más refinado.

No hago esta publicación á guisa de despecho

personal. Quiero solo contribuir, en lo que me sea dable, á la exteriorización de una injusticia, de un atentado legal, y esto en beneficio, en salvaguardia, en nombre de la defensa común, porque, como ha dicho alguien, «el abuso cometido contra cualquier miembro de una colectividad, así sea este el más humilde, truecense en ignominia, en afrenta para quienes lo toleran por cuanto moralmente, hierne á todos; porque para la buena existencia de los grupos humanos la solidaridad es tan necesaria como el oxígeno para el individuo, porque no hay más que una sola justicia y el dolor de uno es el dolor de todos».

ALBERTO PUCCI
Santa Fé 1901

“LA VUELTA AL HOGAR”



Cuadro de Graciano Mendilaharsu, donado al Museo Nacional

LA LEYENDA DE LA PAMPA

A Abraham Villalba (h)

SOBRE la pampa ondulante
 donde el ombú centenario
 se levanta solitario
 como si fuera un gigante
 vigoroso y arrogante
 de otro tiempo que yaha muerto,
 vibran en triste concierto
 las secretas elegías
 y las nostálgias bravias
 de las tardes del desierto.

¿Cuantos recuerdos evoca
 su impenetrable pasado,
 como un muerto sepultado
 en la entraña de una roca!
 Todo al silencio convoca
 cual si fuera un cementerio...
 Parece el sombrío imperio
 de la sombría llanura
 una inmensa sepultura
 sepultada en el misterio!

Cuando el manto pavoroso
 de la noche cubre el llano,
 del vago confin lejano
 perturbando su reposo
 se alza un eco misterioso
 como si fuera el acento
 del desierto soñoliento
 que en sus solemnes tristezas,
 al evocar sus grandezas
 se le escapara un lamento.

Y al nacer las alboradas
 huyen las sombras gigantes,
 como fantasmas errantes
 de las edades pasadas.

Van desfilando calladas
 en pausado movimiento,
 del astro rey al aliento,
 al derramar sus raudales,
 como naves colosales
 arrastradas por el viento.

Y al despuntar la mañana
 sobre las auras dormidas,
 vagan las notas perdidas
 de una leyenda lejana.
 En la pampa soberana,
 bajo el pendón del guerrero
 alzó su trono altanero,
 sin temer en su bravura,
 ni al rigor de la llanura
 ni á las furias del pampero.

Raza de espíritu fuerte
 para el combate nacida,
 fué la ambición de su vida
 morir retando la muerte.
 Siempre en liza con la suerte
 la templaron con su aliento
 las altiveces del viento,
 la majestad del espacio...
 que no tuvo mas palacio
 que el dosel del firmamento.

Altanera y prepotente
 bajo su sol fecundante
 tiñó de bronce el semblante
 y orló de plumas la frente.
 Cuando su planta insolente
 posó la tribu extranjera,
 tembló la comarca entera
 á su empuje soberano

y absorto quedose el llano
 de su iracundia guerrera.

Con brazo indómito y fiero
 vibró su potente lanza...
 Testigo de su pujanza
 cuenta ruijendo el pampero
 al pregonar altanero
 sus insondables arcanos,
 las grandezas de los llanos
 donde palpita su imperio,
 impregnadas del misterio
 de los recuerdos lejanos.

¡Noble raza fenecida
 de otra raza bajo el peso!
 Ante el carro del progreso
 para siempre huyó vencida:
 Ni un recuerdo de su vida
 nos legó para memoria
 y enterrada con su historia
 bajo el polvo de sus lares
 duerme en sus viejos aduares,
 con sus flechas y su gloria!

Por eso en la soledad
 se oye gemir al desierto
 como si tocara á muerto
 su sombría inmensidad...
 Es el alma de otra edad
 que cual espectro perdido
 vaga en su seno dormido,
 en las auras sollozando,
 cual si fuera protestando
 de su ignominioso olvido.

LEOPOLDO VELASCO.



Estado del futuro sucesor á los dos años de presiden-
 cia. (Pronóstico del médico de cabecera del General
 Roca).

EN UNA LECCIÓN DE COSMOGRAFÍA:

El profesor:—Sí, niños; esta atmósfera que nos rodea, no es sino materia enrarecida ó mejor dicho menos condensada que la de nuestro planeta; cuanto mas se aleja de la tierra es tanto menos densa, hasta que llega á confundirse con el éter cósmico, el cual se confunde á su vez con la materia que rodea los demás planetas; y así sucesivamente hasta lo infinito.
Un alumno:—¿Dónde está el cielo, entonces?
El profesor:—Oh! el cielo está más allá...

MARTIN FIERRO

SEMANARIO ILUSTRADO DE CRÍTICA Y ARTE

Redacción y Administración: Lima 487 - Buenos Aires

PRECIOS DE SUSCRIPCIÓN ADELANTADA

EN LA CAPITAL:	EN EL INTERIOR:
Trimestre..... \$ 1.20	Trimestre..... \$ 1.80
Año..... " 4.80	Semestre..... " 3.50
Exterior: \$ 4.— oro al año	Año..... " 6.—

Número suelto: 10 centavos -- Provincias: 15

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

BIER-CONVENT

CUYO esq. MAIPÚ

BUENOS AIRES

DE

LUZIO Hnos. Y MONTI

RESTAURANT

y CERVECERIA

SALONES ESPECIALES PARA

FAMILIAS Y BANQUETES

Rocca y Martinelli
MOBILIARIO y TAPICERÍA

Reproducción de muebles y decoración de estilo

GRAN SURTIDO PERMANENTE
DE MUEBLES DE TODAS CLASES

Corrientes, 990 Buenos Aires

Ghiraldo & Cia.

EXPORTADORES DE HARINAS
Y CONSIGNATARIOS DE FRUTOS DEL PAÍS

Calle SAN MARTIN, 253

BUENOS AIRES

U. Telefónica 1777, Central Telegramas: MONTECOR

A. CABEZAS

UNION 2112, (Avenida) COOPERATIVA, 717

Calle CUYO, 546

entre FLORIDA y S. MARTIN

BUENOS AIRES

La casa más importante de Sud-América en Ropa Hecha y Sobre Medida

CALZADO Y SOMBREROS PARA HOMBRES, JÓVENES, NIÑOS, SEÑORAS Y NIÑAS

Recién inauguradas las Secciones de
CAMISERÍA-BONETERÍA-CORBATAS

LA QUE CONFECCIONA MEJOR Y VENDE
MÁS BARATO EN TODO EL MUNDO

CATÁLOGO GRATIS

LIBROS

Se halla en venta en todas las librerías y kioscos la segunda edición de **EL CREPUSCULO DE LOS GAUCHOS** (estado actual de la República Argentina), al precio de 0.60 ets., por FÉLIX B. BASTERRA.

EL ESPIRITU AMERICANO, (periódico de evolución) a 0.20 centavos.

Los pedidos por mayor pueden hacerse a la agencia de MARTIN FIERRO en Montevideo, calle Cerrito, 11.

FOTOGRAFIA

REFFO

Defensa 861 - Buenos Aires



ARMONIUM-SKALA

Cualquier persona puede tocarlo

Conozca ó no la música

\$ 90 CON PIEZAS
É INSTRUCCIONES

GUITARRAS - MANDOLINES - CÍTARAS

Se reciben suscripciones a los periódicos quincenales "EL MANDOLINISTA" é "IL PIANO FORTE, de Turin,

PESOS 2.50 POR AÑO

CASA TONINI FLORIDA 470



Bazar de la Favorita

Exposición permanente de menajes para instalaciones de casas y casamientos. Por 60 pesos se remite un menaje compuesto de un juego de mesa, loza inglesa decorada, un juego de cubiertos metal blanco, un juego de copas grabado, un juego de lavatorio, una lámpara comedor, una batería de cocina enlozada, total: 171 piezas por solo 60 pesos lo que vale 100.—Menajes grandes de 285 piezas por 100 pesos.—Menajes de lujo, de 340 piezas, por 195 pesos.—Casa especial en artículos de fantasía para regalos con estuche y sin estuche.—Precio fijo sin competencia.—Juegos de mesa, loza inglesa, decorada, desde 18.50.

FRANCISCO LIEZ

675 - PERÚ - 677

18

TALLER DE FOTOGRAFADO

— DE —

JORGE WEISS

Clichés para obras, avisos, catálogos, revistas, marcas, etc. Grabados en zinc y cobre.—Fotolitografía.—Cromocautotipia.

S. del Estero 264 -- Buenos Aires

U. Telefónica 246. (Libertad) 19

CLISÉS EN VENTA

En la administración de **MARTIN FIERRO**, (Lima 487), pueden adquirirse, a precios convencionales, los clisés de todos los dibujos y fotografías publicados en esta revista.

AGENCIA

— DE —

“MARTIN FIERRO”

EN EL ROSARIO

1288-CALLE CORDOBA-1288

LIBRERIA DE EMILIO SOTELO

Especialidad en libros sociólogos y científicos

EDICIÓN COMPLETA DE SEMPERE

Surtido general en artículos de librería y papelería

SUBSCRIPCIONES Y AVISOS

★ CIGARRILLOS ★

FEDERACIÓN

SON LOS MEJORES

Á 10 CENTAVOS